UN FLAMANTE APARTAMENTO

por José Luis Velasco

¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué Era aquello? Sin duda, no podía calificarse de... ¿De qué? ¿Cómo calificarlo? Pero aquello -los hechos lo confirmaban- hacía desaparecer las cosas de una forma misteriosa...

No sé qué tiempo verbal utilizar para hacer comprender a un lector común que estoy en mi apartamento; quiero decir que permanezco en él. La duda se plantea desde el momento en que resulta incierto saber si vivo o he vivido o viví aquí, dada la naturaleza de los sucesos insólitos y espantosos que, habiendo comenzado a producirse hace ahora tres semanas, han desembocado en una situación tan extraordinaria como para impulsarme a reseñarlos en estas notas, pese a mis escasas condiciones como narrador y el tedio que siempre me proporcionó redactar algo que sobrepasase las dimensiones de una carta protocolaria. Sin embargo, es cierto que aún los hombres más abyectos (y esto no significa que yo lo sea o lo haya sido o lo fuera) adquieren de improviso, en momentos críticos, cierta clase de «responsabilidad histórica» o «responsabilidad de la especie» que les induce a dejar memoria, aunque justificadora, de sus actos, o a narrar ciertos sucesos inauditos con el deseo del todo altruista o desinteresado de que posteriores generaciones sepan la verdad puntual sobre determinados hechos que, vistos de fuera, adquieren significados confusos. Estos escritos, compuestos por particulares anónimos, constituyen después fuentes de la historia que estudiamos en los institutos y las facultades.

Me dedico al comercio. Tengo una pequeña tienda que alberga esa clase de objetos inútiles, pero divertidos, que suelen adquirir una determinada clase de gentes a quienes podríamos calificar de «progres» de derechas: funcionarios ministeriales de la escala técnica o artistas e intelectuales no demasiado encumbrados que llenan las estanterías de sus hogares con fruslerías pop tan encantadoras como baladíes. Fui beneficiario de una modesta herencia en 1978, que aproveché (cansado de un trabajo ingrato como administrativo eventual) para organizar el modesto comercio que he mencionado en una zona comprendida entre Pacífico y la avenida del Mediterráneo. Soy soltero y, precisamente en esa avenida, alquilé un

pequeño y confortable apartamento en un inmueble recién construido, aún sin vecinos, que acondicioné con un buen diván color granate, luces indirectas, música a todas horas, un bar en el salón y posters por todas partes.

Todo comenzó a primeros de marzo, durante una temporada de tiempo inestable en la que se alternaba la lluvia y el viento, y la gente no se decidía a dejar las gabardinas y los impermeables en sus casas porque los chaparrones llegaban a cualquier hora.

Lo primero que eché de monos fue mi pluma Mont Blanc gigante, esa especie de obús con plumín de oro que provoca la admiración de quienes están a tu lado cada vez que la sacas del bolsillo. Una s veces la llevo encima y otras la dejo en casa, siempre en uno de los anaqueles de la librería del salón. Estuvo ahí durante un mes, y una mañana, al ir a tomarla de nuevo, advertí que había desaparecido. Que una pluma se extravía nunca supera una clara sensación de fastidio, sensación que está muy lejos, sin embargo, de producir sentimientos de alarma. Sin duda la perdiste o ye la han robado, y ahí termina todo. Después te resignas.

He dicho que la pluma descansaba en la librería del salón. No soy un lector particularmente selecto; leo sobre todo, narraciones policíacas o de misterio, a ser posible cortas; historias que no sobrepasen las ocho o diez páginas y me permiten conocer rápidamente el desenlace. Por la noche, ajeno por completo al suceso de la pluma, me entretuve con unos cuentos policiales cuyo protagonista es un curita inglés sumamente ingenioso. No retengo ningún título; tampoco recuerdo el nombre de los autores. Estaba sentado bajo una lámpara de pie con la tulipa de falso pergamino cuando, extrañado, escuché algo en alguna parte. Al principio no le presté atención, equiparándolo a un sonido más de los muchos que se producen en una casa durante el silencio de la noche: pequeños crujidos o rumores, siseos en las cañerías, el vaivén intermitente de una puerta a causa de una corriente de aire. Después sentí cierta alteración del ánimo y dejé de leer. Porque aquello, que no se podía calificar de «rumor habitual», apenas perceptible, pero presente en el salón, persistía en el aire. Se trataba de algo que, pese a su tono casi inaudible, se destacaba en ele silencio del apartamento con un carácter completamente distinto al de cualquier otro sonido. Si un caracol «sonase» al echar espuma por su caparazón, una vez que se ha encerrado en él, tendríamos una imagen bastante aproximada de la personalidad de aquel bisbiseo.

Una cosa tan nimia puede alarmar a un hombre maduro. Me incorporé en la soledad de mi habitáculo y traté de localizar la zona de donde provenía. Este ejercicio orientativo me condujo hacia la librería. Después hasta el anaquel que fuera depósito de mi pluma Mont Blanc. En un área incierta que incluía el lugar donde yo solía dejarla, se localizaba aquel minúsculo rumor, semejante —en la imaginación— a posibles señales sonoras emitidas por algo efervescente. No había, sin embargo, anda. Tuve miedo: el apartamento vacío, el corto pasillo enmoquetado y cubierto de posters, que conducía al dormitorio y a los servicios, los sentí a mi espalda con esa pérfida aura que te hace presentir la presencia de algo más en el espacio que habitas. Empecé a experimenta la alarma atenazante que precede al pavor y, siguiendo los consejos de una famoso locutor

nocturno especializado en temas de parapsicología y misterio, me puse la gabardina y salí a la calle.

Di un paseo alrededor de la manzana. Cuando regresé a casa advertí con estupefacción que faltaba el cenicero donde apenas hacía unos momentos había vertido la ceniza de mi cigarrillo: también había desaparecido la funda de mis gafas. No pude encontrar ninguna de las dos cosas y me acosté a las cuatro de la madrugada atrapado por una inquietud que bordeaba el miedo.

El día 4 de marzo, al llegar de la tienda a mediodía, comprobé, sucesivamente, que faltaban las siguientes cosas en mi apartamento: un cuadro al óleo situado en el angosto recibidor sobre una consola rococó del todo falsa, que también había volado; la lámpara de pie que iluminaba el sector del sofá granate donde yo me sentaba a leer y un cenicero de plata colocado siempre sobre la mesita de centro próxima al sofá. Sin embargo, solamente experimenté la clase de sobresalto que se abate sobre un espíritu desprevenido cuando tiene conocimiento de algún suceso lamentable, al descubrir que también faltaba un trozo considerable de la alfombra turca (falsa, en efecto) que ocupaba el centro del salón; un ángulo precisamente, un pedazo triangular correspondiente a un pico. El ladrón (era inconcebible de que se tratara de otra cosa), siguiendo una tentación o unos propósitos inexplicables, se había llevado tan sólo aquella porción. Me agaché para observar el desperfecto y, pese a la zozobra que me embargaba, comprobé algo que ya desde mi posición erguida me había confundido: el corte hecho en el tejido resultaba asombroso, casi, diría inhumano: una línea perfectísima, sin la menor irregularidad, practicada con un instrumento inimaginable; algo del todo irreal. ¿Cómo era posible que no sobresaliese ningún hilo, que la recta del corte no presentase la más mínima anomalía o desviación?

Me sentía aturdido en el diván. Detecté entonces eso que toda mi vida me ha horrorizado, en particular porque me produce un persistente dolor en el costado izquierdo; una corriente de aire, no demasiado intensa, pero lo suficientemente notable como para que me pusiese en pie rápidamente dispuesto a cerrar cuantas ventanas permaneciesen abiertas. La corriente de aire era un suceso no pertinente, como diría un lógico formal, o no viable, ya que todas las fallebas de la casa estaban perfectamente aseguradas. Regresé al salón francamente aturdido y me senté procurando serenarme, intentando buscar una explicación sensata a dos sucesos incomprensibles: la desaparición virginal de un pico de la alfombra y la existencia de una corriente de aire imposible.

En seguida caí en la cuenta de los ruidos. No eran intensos, pero resultaban tan distintos, o mejor dicho, tan impropios, que sentía como si un cuchillo de vacío se me adentrase en el estómago. Por alguna parte de los ámbitos de mi casa hacía sonidos inconcretos, semejantes a ciertos ecos traídos por el viento en medio de una llanura durantes una jornada de huracán: murmullos no delimitados que se pueden identificar con varias fuentes (palabras en la lejanía, el oscuro traqueteo de un tren que se aproxima, o el indefinido rumor que producen las pisadas de un

numeroso rebaño al desplazarse), una serie de señales sonoras débiles, pero evidentes, que, espantado, me hicieron salir de nuevo a la calle.

Me acerqué a una comisaría y denuncié los robos; omití hablar de las corrientes de aire y de los ruidos, dada la poco agradable acogida que me dispensó el inspector de guardia, seguramente harto de un hecho (la denuncia de hurtos) que debía tener para él la odiosa condición de lo insoportablemente rutinario. El inspector me preguntó sobre los objetos robados y no se avino a apuntar «un trozo de alfombra», dado el carácter absurdo que parecía tener para él ese enunciado. Anotó «una alfombra» y me dijo que ya me avisarían si averiguaban algo sin levantar la cabeza de la Hispano Olivetti.

Toda la tarde estuve en la calle; me metí en un café de Goya y pensé con horror en mi apartamento. Me tomé un café con leche y una ensaimada. Intenté leer inútilmente un periódico de la tarde. A pesar de todo, lo único que verdaderamente anhelaba era regresar a casa.

Lo hice al anochecer. Maldecí ser un tipo solitario carente de una esposa y unos hijos que me hubiesen acompañado en tan adversas circunstancias, o de algún amigo, a cuyo lado habría penetrado en el apartamento ajeno al miedo que ahora me agarrotaba. En seguida lo advertí: la corriente de aire persistía y escuché en el aire del pasillo algo semejante al rumor sordo que se percibe cuando una manifestación se aproxima por calles aún distintas. Las nuevas desapariciones me dejaron helado: faltaba el perchero de falso estilo castellano del recibidor, todos mis útiles de aseo del cuarto de baño, incluida la repisa donde reposaban; el espejo situado sobre el lavabo, así como la cadena del retrete. No vi en el dormitorio un arca pequeña muy antigua que heredé de mi abuela y he arrastrado por tres o cuatro ciudades, receptáculo lleno de objetos sin valor, pero con cierto mérito a efectos de permitirme rememorar queridos sucesos del pasado. He omitido hablar hasta el final, deliberadamente, de la tulipa adosada sobre el espejo del cuarto de baño, aparato que resultaba imprescindible para llevar a cabo las operaciones de aseo cada mañana en un recinto interior carente de luz natural. Bien, le faltaba un trozo. Era de porcelana blanca y, tras unos instantes de duda, durante los cuales percibí algo extraño en su contextura general (jamás había reparado en ella con detalle), advertía que se había esfumado tres o cuatro centímetros de su borde exterior, un anillos sustraído limpiamente, como si alguien, con un aparato de rara precisión, le hubiese inflingido un impecable corte horizontal.

Ciertos avisos nocturnos inhabituales, un jadeo en el pasillo, un siseo imprevisto en la cocina, un estruendoso portazo que tan sólo después descubres que ha sido producido por el viento, te producen la sensación inmediata de que no estás sólo en casa: puedes registrar minuciosamente todos los aposentos hasta cerciorarte de que ningún intruso ha penetrado en tu domicilio y, sin embargo, mientras el alba no cubra con su luz tranquilizadora la ciudad, persiste en ti algo que sólo tiene el nombre de miedo, manteniéndose la sensación abominable de que algo más

permanece o deambula por los espacios libres de tu refugio. No podrías afirmar que se trata de espíritus, espectros o fantasmas; es algo muy distinto de lo que apenas se han ocupado los escritores especializados en el misterio: una presencia innombrable que, superpuesta a nuestro propio espacio, nos acompaña siempre. Tengo esa convicción desde que era muy joven, y aquella noche odiosa percibí casi físicamente la referencia de algo que se imbricaba en los ámbitos que yo ocupaba como se superponen dos imágenes en un fundido cinematográfico.

Permanecí en vigilia, aterrorizado, hasta que me venció el sueño ya casi al amanecer, percibiendo a rachas esporádicas susurros heladores, rumores inciertos que cruzaban mi casa como aventados por el aire; notando, también a oleadas, esas corrientes de aire que ya he mencionado, de intensidad variable, no del todo normales: una especie de bocanadas huidizas de un aliento frío y escocedor.

Cuando desperté eran las doce. El espectáculo que me aguardaba, apenas paseé la vista a mi alrededor y luego fui recorriendo las cuatro piezas que componían el apartamento (salón, dormitorio, cocina y aseos), más que aterrador, resultaba alucinante. Ya no faltaban tan sólo objetos o muebles de reducidas dimensiones: había desaparecido el respetable armario de mi dormitorio y, como si una cuchilla gigante y caprichosa hubiese jugado a seccionar determinadas zonas de la vivienda, diversos elementos del mobiliario (la librería, la cocina de gas, el sofá color granate) aparecía mutilados limpiamente: quedaban impecables mitades de muebles, restos triangulares provocados por un corte en diagonal, cuartas partes desoladoras o, como en el caso de la cocina, tan sólo unos centímetros de la base. Estas tajaduras, que únicamente dejaban en pie fragmentos inútiles, ahora afectaban también a la obra: sólo quedaba un tercio, aproximadamente, de la puerta del salón, y faltaba un fragmento trapezoidal del tabique que separaba mi dormitorio del cuarto de baño.

La enumeración de estos sucesos, para que sea comprensible, requiere una técnica de exposición fría y descriptiva, pero debo añadir que, mientras iba descubriendo aquellos espantosos desastres, me atenazó un escalofrío permanente y el sudor helado se combinó a una paulatina pérdida de visión hasta abatirme sobre el piso del parquet, poco después, víctima de una lipotimia o desmayo.

Releo todo lo que he escrito hasta ahora y advierto que mi impericia literaria ha acumulado demasiados detalles en un espacio inconveniente, haciendo en exceso prolija la narración de unos acontecimientos de cuyo carácter podría haber advertido al lector siendo más sobrio. Salto, pues, cinco o seis días más tarde, cuando había adelgazado cerca de diez kilos y no dormía apenas presa de una continua obnubilación a la que se mezclaba el asombro y el pavor. Por entonces había descubierto ya ciertos aspectos del fenómeno que, al menos, me permitieron conocer la naturaleza de su actuación.

Resulta superfluo aclarar que no se trataba de ladrones, ni siquiera era algo remotamente semejante o aproximado. Las desapariciones o los

cortes inauditos se producían aún estando yo en la casa y permaneciendo en vigilia, aunque, eso es cierto, nunca en mi presencia. Mientras yacía abatido en el sofá (en medio sofá) pasaban cosas en la cocina o el dormitorio, y viceversa. Nunca pude presenciarlo in situ.

También descubrí la causa que explicaba los cortes insólitos: aquello se producía en bandas o corredores precisos que atravesaban todo el apartamento, como si un quimérico troquel, penetrando por un costado del piso, lo cruzase de parte a parte en línea recta llevándose todo cuanto hallaba a su paso: si eso se encontraba dentro de su área devastadora determinadas partes de mis enseres, las segaba pulcramente dejando el resto intacto.

Por esas fechas una palidez cadavérica ensombrecía mi rostro desencajado y exhausto. Ya no salía del piso; dos fatídicos acontecimientos imprevistos me obligaron a permanecer en el apartamento sumido en una especie de excitación febril que, añadida al miedo, e incluso al pavor, me hacían temer por mi existencia en insidiosas noches de pesadilla: aguardaba de un momento a otro un fallo de mi pobre corazón, agotado por tantas emociones perversas. Anotaré las circunstancias que me impedían salir.

El fenómeno se estaba produciendo en todo el inmueble: lo descubrí la mañana del 14 de marzo, cuando salí al rellano de la escalera dispuesto a huir presa del espanto y advertí que había desaparecido el ascensor tragado por una de aquellas embestidas de algo que diluía muebles y tabiques. Intenté evacuarme por la escalera, pero a la altura del sexto piso comprobé con horror como se había perdido en la inexistencia un tramo de escalones y barandilla lo suficientemente profundo como para no poderlo superar de un salto sin riesgo de perecer en el intento. Se veían otros pisos vacíos perforados por «aquello que hacía desaparecer las cosas» atravesando muros y pilares; creo que puede resultar gráfico decir que el interior del edificio aparecía horadado por túneles de nada como lo está un queso de Gruyere.

Hacía tiempo que el teléfono había volado, y mis tentativas de llamar la atención desde la azotea o los mensajes lanzados desde allí hacia la calle, se perdieron entre la indiferencia de una muchedumbre demasiado absorta en sus inconfesables afanes como para detenerse a recoger una papel perdido en el ángulo de un bordillo o en medio del asfalto.

El día 16 terminé las provisiones que había en la nevera y me dispuse a esperar la muerte con cierta resignación o un improbable milagro, consciente de que, aislado en el inmenso edificio deshabitado, estaba a merced de unos fenómenos del todo caprichosos. Por aquellos días ya no quedaba absolutamente nada en mi apartamento, salvo (extraña deferencia) el televisor de doce pulgadas, su correspondiente mesita y la instalación en perfecto estado Quiero decir que funcionaba. No había acentuado la intensidad de las corrientes de aire y persistían los susurros ilocalizables que aparecían y desaparecían con variantes dispares, como

zarandeados por zigzagueantes y volubles corrientes aéreas que los acercaba, los alejaba o los extinguía.

El día 20, creyéndome ya a un paso de la muerte, tuve algunos recuerdos familiares y evoqué lugares sorprendentes de ciudades que conocía; jamás los había recordado anteriormente: las sillas verdes del Arenal de Bilbao, donde la gentes se sentaba a escuchar conciertos gratuitos en verano; el jardincito de naranjos que rodea el palacio de la Generalidad en Valencia, el chaflán del Sol y Sombra, frente a la Monumental de Barcelona.

Puse el televisor por hacer algo. Estaba, quizás, anocheciendo, no lo sé. Había bajado las persianas hacía días; los muros exteriores del inmueble permanecían intactos. Daban una película en la que, obviamente, no pude concentrarme. Recuerdo tan sólo que en la pantalla se sucedían imágenes de hombres con chaqueta y corbata que discurrían por diversas habitaciones y comentaban cosas. Había una chica con un sombrerito negro y teléfonos claros en mesas de despachos. Todo evocaba, creo, usos y modas de los años cincuenta. De pronto se detuvo la proyección y apareció la leyenda AVANCE INFORMATIVO. «Algo anormal ocurre», pensé. El cartel se mantuvo mucho rato; después fue sustituido por imágenes de un concierto clásico, como ocurre con ocasión de sucesos particularmente graves que se producen de improviso y, por causas que el público ignora, pero que se atribuyen a cierta desorientación en el seno de los servicios informativos de televisión, la noticia propiamente dicha se demora en exceso. Cuando surgió un locutor inhabitual, apreciablemente nervioso y con la corbata mal colocada, dijo algo que me puso en pie absolutamente despavorido. Anoto, creo que con exactitud, sus palabras:

«A últimas horas de la tarde de hoy, en una zona de la capital comprendida entre Pacífico y la avenida del Mediterráneo, por causas que se ignoran hasta el momento, ha desaparecido de su enclave el inmueble situado en la calle B…, número 16, recién acabado de construir hace unos meses. El desconcertante fenómeno ha causado la alarma…»

Sobre la voz del locutor apareció entonces una fotografía fija donde se mostraba la familiar acera impar de mi calle: el estanco, la panadería, la papelería técnica, el rótulo del veterinario con la imagen de un fox-terrier de pelo duro… Sentí que el corazón me saltaba a la garganta: en lugar donde debía estar el inmueble que albergaba mi estudio, había tan sólo un oscuro hueco vacío; sencillamente, un solar limpio rodeado al fondo por los altos muros blancos correspondientes a la parte trasera de otros edificios. Una pregunta serena, formulada casi con indiferencia, me vino inmediatamente a los labios: «Y bien, ¿dónde estoy yo ahora?». Me precipité hacia la ventana de lo que fuera antaño el salón de mi estudio y, con la turbación propia del nerviosismo agónico, alcé la persiana y miré al exterior.

Mi vocabulario, mejor dicho, mi capacidad de comprender y describir las cosas que veo, carece de la más remota posibilidad de expresar el probable paisaje que tenía delante. Estaba en otra parte, tal vez era de día;

quizá sea posible hablar de una autopista, algo seguramente se movía. No había nada que recordase latidos humanos. Resultaba dudoso asegurar que hubiese distancias y que corriese el tiempo. Ello, que quizá se desplazaba y emitía sonidos, venía hacia mí (imposible confirmarlo) por la derecha. No sentí ninguna clase de emoción conocida.